



## CAPÍTULO VIII.

Historia de Don Rogerio de Rada.



ON Anastasio de Rada, hidalgo granadino, vivia dichoso en la ciudad de Antequera con Doña Estefanía, su esposa, la que ademas de su genio afable y estremada hermosura, poseía una sólida virtud. Si amaba tiernamente á su marido, él la correspondía con extremo. Pero era muy celoso; y aunque no tenia motivo para dudar de la fidelidad de su muger, no dejaba de vivir inquieto. Temia que algun enemigo oculto de su sosiego intentase ofender su honor, y esta sospecha le hacia desconfiar de sus amigos, menos de D. Huberto de Hordales que entraba libremente en su casa como primo de Estefanía, siendo á la verdad este el único hombre de quien debia recelar.

Efectivamente, Don Huberto, sin atender al parentesco que los unia, ni á la amistad particular que Don Anastasio le profesaba, se enamoró de su prima, y tuvo atrevimiento de declararle su amor. La señora, que era prudente, en lugar de un rompimiento que hubiera tenido fatales consecuencias, reprendió con suavidad á su pariente lo grave de su maldad en querer seducirla y deshonorar á su marido, y le dijo muy seriamente que no debia esperar el logro de sus designios.

Esta moderacion solo sirvió de inflamar mas al caballero, el cual, imaginando que era necesario arriesgarlo todo con una muger de este carácter, principió á usar con ella de modales poco atentos; y un dia tuvo la avilantez de estrecharla á que satisfaciese sus deseos. Ella le rechazó con severidad, y le amenazó con que haria que Don Anastasio castigase su arrojó. Espantado de la amenaza, el galan ofreció no hablarle mas de amor, y en fé de esta promesa Estefanía le perdonó lo pasado.

Don Huberto, que naturalmente era de mala índole, no pudo ver tan mal pagado su cariño sin concebir un vil deseo de venganza. Conocia á Don Anastasio por hombre celoso y capaz de creer todo cuanto él quisiera infundirle: este conocimiento le bastó para idear el mas horrible designio que pueda caber en el corazon mas malvado. Una tarde que se paseaba solo con este débil esposo, le dijo con semblante muy melancólico:—Mi amado amigo, yo no puedo estar mas tiempo sin revelaros un secreto que no pensara descubriros si no conociera que os importa mas

vuestro honor que vuestro reposo: vuestro pundonor y el mio en punto de ofensas no me permiten ocultaros lo que pasa en vuestra casa. Preparaos á oír una noticia que os causará tanta afliccion como asombro, porque voy á heriros en la parte mas sensible.

—Ya os entiendo: interrumpió Don Anastasio todo turbado, vuestra prima me es infiel.—Yo no la reconozco por prima, repuso Hordales con aspecto irritado: la desconozco; es indigna de teneros por marido.—Eso es demasiado hacerme padecer, exclamó Don Anastasio; hablad: ¿qué ha hecho Estefanía?—Os ha vendido, prosiguió Don Huberto. Teneis un rival á quien recibe de oculto, cuyo nombre no puedo decir, porque el adúltero á favor de una noche oscura se ha escondido de quien le observaba. Lo que yo sé es que os engaña: y de ello estoy seguro. El interes que debo tomar en este asunto os afianza la verdad de mi narracion. Cuando me declaro contra Estefanía es preciso que esté bien convencido de su infidelidad.

—Es inútil, continuó, habiendo observado que sus palabras causaban el efecto que esperaba, es ocioso deciros mas. Advierto estais indignado de la ingratitud con que se atreve á pagar vuestro amor, y que meditaís una justa venganza: yo no me opondré á ella. No os pareis á considerar cuál es la víctima que vais á sacrificar: mostrad á toda la ciudad que nada hay que no podais inmolar á vuestro honor.

De este modo escitaba el traidor á un esposo demasiado crédulo contra una muger inocente; y le pintó con tan vivos colores la afrenta de que se cubria si dejaba la ofensa sin castigo, que llegó á encender en cólera á Don Anastasio, el cual, perdido el juicio, pareciendo que las furias le agitaban, vuelve á su casa resuelto á dar de puñaladas á su desgraciada esposa. La encuentra que iba á meterse en la cama; al pronto se contiene esperando que los criados se retiren. Entonces, sin contenerle el temor de la ira del cielo, ni el deshonor que podria resultar á una honrada familia, ni aun el amor natural que debia tener á la criatura de seis meses de que su muger estaba embarazada, se acercó á su víctima, y lleno de furor le dijo:—Es preciso que mueras, malvada, y solo te queda un instante de vida que mi bondad te deja, para que pidas perdon al cielo del ultraje que me has hecho. No quiero que pierdas tu alma como has perdido el honor.

Dicho esto sacó un puñal: su accion y espresiones sobresaltaron á Estefanía, la que echándose á sus piés le dijo con las manos cruzadas, y fuera de sí:—¿Qué teneis, señor? ¿qué motivo de disgusto os he dado por desgracia mia para que llegueis á tal extremo? ¿Por qué quereis quitar la vida á vuestra esposa? Si sospechais que no os ha sido fiel, mirad que os engañais.



—No, no, repuso el iritado celoso, estoy muy cierto de vuestra traicion. Las personas que me lo han dicho son de todo crédito. Don Huberto . . . —¡Ah, señor! interrumpió ella con precipitacion: no debeis fiaros de Don Huberto, que no es tan amigo vuestro como pensais. Si os ha dicho alguna cosa contra mi virtud, no debeis creerle.—Callad, infame, replicó Don Anastasio: vos misma acreditais mis sospechas con querer poner mal conmigo á Hordales, no penseis desvanecerlas; si me lo quereis hacer sospechoso es porque está enterado de vuestra mala conducta. Quisierais destruir su testimonio; pero semejante artificio es inútil, y aumenta en mí el deseo que tengo de castigaros.—Amado esposo mio, repitió la inocente Estefanía llorando amargamente, temed vuestra ciega cólera; si seguis sus movimientos, cometeréis una accion de que no podréis consolaros cuando reconozcáis la injusticia. Por amor de Dios aplacad vuestro enojo; á lo menos esperad que se aclaren vuestras sospechas, que entonces hareis mas justicia á una muger que no es culpable.

A otro que á Don Anastasio hubieran hecho fuerza estas palabras, y todavía se hubiera enternecido mas con la afliccion de la que las pronunciaba; pero el cruel marido, lejos de ablandarse, le dijo segunda vez que se encomendara á Dios, y alzó el brazo para herirla.—Detente, bárbaro, gritó: si el amor que me has tenido se ha extinguido enteramente; si la ternura con que te he amado se ha borrado de tu memoria; si mis lágrimas no alcanzan á hacerte desistir de tu esecrable intento, respeta siquiera á tu propia sangre; no armes tu mano furiosa contra un inocente que aun no ha visto la luz. Tú no puedes ser verdugo sin ofender al cielo y á la tierra. Por lo que á mí toca te perdono mi muerte; pero no dudes que la suya pedirá justicia de un atentado tan horrible.

Por muy determinado que estuviese Don Anastasio á no hacer caso de las disculpas de Estefanía, las imágenes espantosas que ofrecieron á su espíritu estas últimas palabras no dejaron de suspenderle; y así, como si hubiese temido que esta emocion paralizase su resentimiento, se aprovechó apresuradamente del furor que le quedaba, y atravesó con el puñal el costado derecho de su muger, que cayendo al punto en tierra, él la creyó muerta. Salió prontamente de su casa, y desapareció de Antequera.

Entre tanto aquella desgraciada esposa quedó tan turbada del golpe que habia recibido, que permaneció algunos instantes tendida en tierra sin dar señales de vida; pero recobrando al cabo sus espíritus, empezó á quejarse y gemir, lo que hizo acudir una dueña que la servia. Luego que esta buena muger vió á su ama en un estado tan lastimoso, dió tales gritos que despertó á los demas criados y á los vecinos cercanos, de modo que en un instante se llenó la sala de gente. Se llamaron cirujanos, quienes, habiendo registrado la herida, no la tuvieron por peligro-

sa, sin que errasen en su concepto. Curaron en poquísimo tiempo á Estefanía, quien dió felizmente á luz un hijo, tres meses despues de aquel cruel suceso, y yo, Señor Gil Blas, soy el fruto de aquel infeliz parto.

Aunque la murmuracion en ninguna manera reserva la virtud de las mugeres, respetó no obstante la de mi madre; y esta sangrienta escena se contaba en la ciudad como arrojado de un marido celoso. Es verdad que mi padre estaba reputado por hombre violento y fácil en sospechar. Hordales juzgó con razon que su prima presumiria que él con sus chismes habia trastornado el ánimo de Don Anastasio; y satisfecho de haberse á lo ménos vengado, cesó de visitarla. Por no cansar á V. S. no me detendré en contar la educacion que tuve; solamente diré que mi madre se dedicó principalmente á hacerme enseñar el arte de la esgrima, y que me exercité mucho tiempo en las mas célebres escuelas de Granada y Sevilla. Esperaba mi madre con impaciencia que yo tuviese edad para medir mi espada con la de Don Huberto, para enterarme entonces del motivo que tenia para quejarse de él: y viéndome en fin ya de diez y ocho años, me lo descubrió, derramando abundantes lágrimas, y penetrada de un amargo dolor. ¡Qué impresion no hace en un hijo dotado de valor y sensibilidad la vista de una madre en este estado! Busqué prontamente á Hordales, le conduje á un sitio retirado, en donde despues de un largo combate, le di tres estocadas y cayó en tierra.

Sintiéndose Don Huberto mortalmente herido, fijó en mí sus últimas miradas, y me dijo que recibia la muerte de mi mano, como justo castigo del delito que habia cometido contra el honor de mi madre. Confesóme que, por vengarse del rigor con que le habia despreciado, tomó la resolucion de perderla; y luego espiró pidiendo perdon de su culpa al cielo, á Don Anastasio, á Estefanía y á mí. No juzgué acertado volver á casa á informar á mi madre de este acontecimiento, cuyo cuidado dejé á la fama. Pasé la sierra, y llegué á la ciudad de Málaga, donde me embarqué con un corsario que salia del puerto, quien, conceptuando que no me faltaba valor, consintió gustoso en que me uniese á los voluntarios que tenia á bordo.

No tardamos mucho en hallar ocasion de distinguirnos. En las cercanías de las islas de Alboran encontramos un corsario de Melilla, que volvia hácia las costas de Africa con una embarcacion española ricamente cargada, que habia apresado en las aguas de Cartagena. Acometimos intrépidamente al africano, y nos apoderamos de sus dos bajeles, en los cuales iban ochenta cristianos que conducia esclavos á Berbería, y aprovechando un viento que se levantó, y nos era favorable para acercarnos á la costa de Granada, llegamos en breve tiempo á Punta de Helena.

Preguntamos á los cautivos á quienes habiamos libertado de qué pa-

rages eran, y yo hice esta pregunta á un hombre de muy buen aspecto, que podia tener cincuenta años cumplidos. Respondióme suspirando que era de Antequera. Su respuesta me conmovió sin saber por qué; y tambien advertí que se turbaba.—Dijele: Yo soy paisano vuestro, ¿podremos saber vuestra familia?—¡Ah! me dijo, no me insteis á que satisfaga vuestra curiosidad si no quereis renovar mi dolor. Diez y ocho años hace que falto de Antequera, en donde no se pueden acordar de mí sin horror. Vd. habrá quizá oido muchas veces hablar de mí. Me llamo Don Anastasio de Rada.—¡Válgame Dios! exclamé, ¿debo creer lo que oigo? ¿Conque vd. es Don Anastasio? ¿Es, pues, mi padre el que veo?—¡Qué decis, jóven! exclamó mirándome atónito. ¿Será posible seais aquel niño desgraciado que todavía estaba en el vientre de su madre cuando la sacrificué á mi furor?—Sí, padre mio, le dije, yo soy á quien la virtuosa Estefanía parió tres meses despues de la funesta noche en que la dejásteis anegada en su sangre.

Don Anastasio no esperó á que acabase estas palabras para abrazarme estrechamente, y en un cuarto de hora no hicimos mas que mezclar nuestros suspiros y lágrimas. Despues de habernos entregado á los tiernos afectos que semejante encuentro debia inspirar, alzó mi padre los ojos al cielo para darle gracias de haber salvado la vida á Estefanía; pero pasado un momento, como si temiese dárselas sin motivo, se dirigió á mí, y me preguntó de qué manera se habia averiguado la inocencia de su muger.—Señor, le respondí, nadie ha dudado jamas de ella sino vos. La conducta de vuestra esposa ha sido siempre irreprehensible. Es necesario que yo os desengañe. Sabed que Don Huberto fué quien os engañó; y entonces le conté toda la perfidia de este pariente, cómo me habia vengado de él, y lo que me habia confesado al morir.

A mi padre no le causó tanto placer el haber recobrado la libertad, como el oír las nuevas que le anunciaba. Colmado de alegría volvió á abrazarme tiernamente, y no se cansaba de manifestarme lo gustoso que estaba conmigo.—Vamos, hijo mio, me dijo, tomemos presto el camino de Antequera. No tendré sosiego hasta echarme á los piés de una esposa á quien tan indignamente he tratado; porque despues de conocida mi injusticia, siento crueles remordimientos que despedazan mi corazon. Deseando yo reunir estas dos personas para mí tan amables, no quise se alargase tan dulce momento. Dejé al corsario, y como mi padre no queria esponerse á los peligros del mar, compré en Adra, con el dinero que me dio de la presa, dos mulas. El camino dió tiempo para que me contase sus aventuras, que escuché con aquella atencion ansiosa que prestó

el principe de Itaca<sup>1</sup> á la narracion de las del rey su padre. En fin, despues de muchas jornadas llegamos al pié del monte mas inmediato á Antequera, en donde hicimos alto, y esperamos la media noche para entrar secretamente en nuestra casa.

Imagine V. S. la sorpresa de mi madre al ver á un marido que creia perdido para siempre; y todavia la admiraba mas el modo milagroso con que puede decirse le habia sido restituído. Pidióle mi padre perdon de su barbarie con demostraciones tan vehementes de arrepentimiento, que enternecida mi madre, en lugar de mirarle como á un asesino, vió en él un hombre á quien el cielo la habia sometido; tan sagrado es el nombre de esposo para una muger virtuosa. Estefanía sintió en extremo mi fuga, y tuvo mucho gusto de verme; pero su alegría no fué sin desazon. Una hermana de Hordales procedia criminalmente contra el matador de su hermano, y me hacia buscar por todas partes; de suerte que mi madre estaba inquieta viéndome en nuestra casa sin seguridad. Esto me obligó á partir aquella misma noche para la corte, á donde vengo, señor, á solicitar el perdon, que espero obtener, puesto que V. S. quiere hablar á mi favor al primer ministro, y apoyarme con todo su valimiento.

El valiente hijo de Don Anastasio dió fin aquí á su narracion, y yo con mucha gravedad le dije:—Basta, Señor Don Rogerio; el caso me parece perdonable; quedo con el encargo de referir puntualmente este asunto á S. E., y me atrevo á prometeros su proteccion. Sobre esto el granadino me dió mil gracias, que por un oído me hubieran entrado y por otro salido, á no haberme asegurado se seguiria la gratificacion al favor que le hiciera; pero luego que tocó esta cuerda me puse en movimiento. El mismo dia conté este suceso al duque, quien, habiéndome permitido le presentara el caballero, le dijo:—Don Rogerio, estoy enterado del lance de honor que os trae á la corte: Santillana me ha dicho todas sus circunstancias: sosegaos. Vuestra accion es disculpable; y S. M. gusta de perdonar á los nobles que vengan su honor ofendido. Es necesario que por pura formalidad esteis preso; pero vivid seguro de que no lo estareis largo tiempo. En Santillana teneis un buen amigo que se encargará de lo demas; él acelerará vuestra libertad.

Don Rogerio hizo una profunda reverencia al ministro, sobre cuya palabra se fué á la cárcel. Su carta de perdon se le espidió inmediatamente en fuerza de mi solicitud. En menos de diez dias envié á este nuevo Telemaco á reunirse con su Ulises y su Penélope; en vez de que si no hubiera tenido protector y dinero, acaso hubiera pasado un año en la prision. De todo esto no saqué mas que cien doblones: no fué este lance muy provechoso; pero yo no era todavia un Don Rodrigo Calderon para despreciarlo.

<sup>1</sup> Telemaco, cuando volvió su padre Ulises de las expediciones por la Grecia.



## CAPÍTULO IX.

Por qué medios Gil Blas hizo en poco tiempo una gran fortuna, y de como tomó el aire de persona de importancia.



El asunto que acabo de referir me engolosinó, y diez doblones que di á Escipion por su corretage le animaron á hacer nuevas investigaciones. Ya dejó celebrados sus talentos para esto, por lo que se le podia dar el renombre de Escipion el grande. El segundo penitente que me llevó, fué un impresor de libros de caballería, que se había enriquecido á despecho del sano juicio. Este impresor habia reimpresso una obra de uno de sus compañeros, y le habian embargado la edicion. Por trescientos ducados conseguí se le devolviesen sus ejemplares, y le libré de una fuerte multa. Aunque esto no era de la inspeccion del primer ministro, S. E. quiso á mi ruego interponer su autoridad. Despues del impresor me trajo á las manos un mercader, y el negocio era el siguiente. Un navío portugues habia sido apresado por un corsario berberisco, y represado por otro de Cádiz. Las dos terceras partes de mercancías de que iba cargado pertenecian á un mercader de Lisboa, que, habiéndolas reclamado inútilmente, venia á la corte de España á buscar un protector cuyo valimiento fuese bastante para hacérselas entregar, y tuvo la fortuna de encontrarlo en mí. Me empeñé por él, y recobró sus géneros mediante la cantidad de cuatrocientos doblones que pagó por el favor.

Me parece que oigo al lector gritarme al llegar aquí: Animo, señor de Santillana: cálzese vd. las botas; pues está en camino de adelantar su fortuna. ¡Oh! no dejaré de hacerlo. Si no me engaño, veo llegar á mi criado con un nuevo *quidam* que acaba de enganchar. Cabalmente es Escipion: escuchémosle.—Señor, me dice, permítame vd. le presente á este famoso empírico, quien solicita un privilegio para vender